

Motivos para una ley sobre el teatro*

Manuel Flores Mora

Muy seguramente a usted le pasará como a mí. Hay libros que uno lee con pasión y que, al cabo de poco tiempo, apenas si se consiguen recordar. Hay en cambio simples pasajes, párrafos a veces, que es como si golpearan en vaya a saber qué cuerda del alma y que se quedan ahí, apareciendo una y otra vez, como referencias constantes, por el resto de nuestros días.

A mí me ocurre, entre otros, con una reflexión de aquel ser humano sin desperdicio que fue Antoine de Saint-Exupéry. Creo que es en un pasaje de "Correo de Guerra", al ver pasar un tren lleno de desplazados polacos que van camino del campo de concentración o de la muerte, con viejos, con enfermos, con mujeres, con niños. Entre esos niños, es la idea que golpea de pronto a St. Exupéry por encima de su angustia, ¿cuál habrá nacido para Beethoven y ya no será Beethoven? ¿Cuál habrá nacido para Einstein y ya no será Einstein?

Aquí, en el Uruguay de Artigas no tenemos campos de concentración. Sin embargo, y sin duda, alguno de los niños casi harapientos que nos miran, con los ojos redondos de asombro como si fuéramos marcianos, cuando el curso de una gira por Cuchilla Amarilla o Capilla Maciel nos levantamos para hablar de Azzini o de la consolidación, ¿habrá nacido para Calderón o Vilar, para Pirandello o Jovet? ¿Llegará a serlo?

Parecería que necesitamos una ley que asegure las vocaciones de la cultura y su desarrollo en todo el territorio nacional. Algo de eso es lo que intentamos en el proyecto de Ley de Teatro que hemos presentado el 6 de abril reciente a la Cámara de Diputados.

Hay también otro proyecto, entre muchos. Confieso que a mí me pasa con "Le Monde" o "L'Express", periódicos que compro para leer los artículos políticos o económicos. Muchas veces, la verdad, no termino de leerlos. Siempre en cambio me demoro en las páginas finales, "las páginas melancólicas". Les decimos así en mi casa a esas donde en letras chiquitas, interminables carteleras nos cuentan, por ejemplo, que "Réquiem pour une nonne" sigue en el Teatro des Mathurins. ¡Qué ganas se sienten de estar, entonces, allá en París!

Esta melancolía risueña, no importa casi nada, claro está. A lo sumo es motivo de broma familiar.

Importa en cambio, y es casi trágico, el caso de la maestra de Cerro de las Cuentas, el estudiante de Guichón, el joven de Las Toscas, para quienes las meras páginas de "La Mañana" o "El Día", con los anuncios del Verdi o de China Zorrilla, representan una forma similar pero desesperada de la frustración o de la melancolía.

Uruguay, país de un gran teatro, no ha podido desarrollarlo en escala nacional. Hay que sacar al teatro de sus casillas. Hay que facilitar a los centenares de elementos que lo hacen cada día mejor y más auténtico, tomar por los caminos de tierra adentro para levantar sus escenarios en todos los puntos del territorio nacional.

* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

Algo de esto también es lo que pretendemos solucionar en nuestro proyecto de ley. No tengo duda alguna de que hay mucho entremés de Cervantes, mucha obra de Lope que la van a entender mejor en Quebracho o en Arerunguá que en las eruditas plateas montevidéanas.

* * *

Pero —lo último, lo primero— están además los que hacen teatro.

Cuando estuve en Madrid, en octubre del último año, me sorprendió el eco dejado por una compañía uruguaya (Teatro de la Ciudad de Montevideo) integrada con gente que salió de la Comedia Nacional, integrada con gente que salió de nuestros maravillosos y humildes teatros independientes.

El consenso general era que el Lope que habían hecho nuestros muchachos uruguayos, era de una calidad interpretativa sin parangón posible por su superioridad respecto a todo lo que se hace y se ha hecho en los últimos años en la propia España. Se dirá que allá el teatro es malo. Puede ser. Yo prefiero decir que aquí el teatro es bueno y muy bueno.

Además está en un momento de crisis, superado por problemas económicos que no puede resolver y que lo limitan y recortan de manera penosa. Pero aunque no estuviera en crisis, igualmente sería un deber del Estado dirigirse hacia él y tenderle la mano.

¿Cómo? ¿Dirigiéndolo? ¿Fijándole orientaciones? ¿Supervisándolo? ¿Nombrándole un sargento espiritual que le marque caminos y le fije tabúes?

Ese es el otro aspecto que hemos tratado de precisar con claridad meridiana en dos artículos de nuestro proyecto. El Estado lo único que tiene que hacer es dar los exiguos fondos que el teatro necesita: unos pocos millones de pesos cada año. Y más nada.

Que ese dinero lo administre la propia gente del teatro, tanto técnica como moralmente capacitada de sobra, para hacer rendir en un sentido social y culturalmente positivo hasta el último centésimo que se le entregue. Y que lo administre, claro está, no cómo se le antoje. Sino de conformidad con el dictado severo y omnipotente, de un solo juez: la propia conciencia del teatro uruguayo.

Y de conformidad con un solo principio: llegar al pueblo, a todo el pueblo. Vivir para el pueblo. Expresar al pueblo, sin tutorías ni jueces. Y también, sin la pequeña tragedia, absurda, de que falten cuatrocientos pesos o de que no haya plata para los pasajes de un puñado de actores hasta Isla Mala o hasta Paso del Borracho.